

estaba tan al corriente como ellos; así que, para él era el mejor el que tenía mejor marco, con lo cual mis aficionados le fueron llevando los buenos por poco dinero, y dejándole una colección de brillantes mamarrachos. Parado estaba yo delante de un retrato muy parecido, de cierta señora bien conocida por su belleza, y no pude menos de escandalizarme de que viviendo todavía, y aun durante su buena época, se la hiciesen ya los honores de la feria. El mismo asombro causaba en todos los que la veían, hasta que habiéndolo verificado un jóven que acertó á pasar, manifestó con tales veras su descontento, que no pudimos menos de sospechar que fuese uno de sus adoradores; y tomando un aire de reto, preguntó ¿quién vendía aquel cuadro? contestósele que el pintor, como propiedad suya, por no habersele pagado despues de mandárselo hacer; á lo cual mi galan algo abochornado lo rescató sin reparar en el precio, y solo exclamó:

“¡Oh dulces prendas por mi mal halladas!”

con lo demas que se sigue; mientras nosotros quedamos riendo del epígrama del pintor.

Mas en ninguna parte bullía tanta multitud ni se reproducian mas escenas que al rededor de los puestos de libros, y no hay necesidad de decir que el Provinciano y yo, como aficionados, tardamos poco en engolfarnos en ellos. Y mientras

cogíamos éste, abríamos aquel, ojeábamos el otro ó tirábamos el de mas allá, no podian menos de distraer nuestra atencion algunos de los episodios que pasaban á nuestro lado; por ejemplo, llegó un pedanton de estos que hablan poco y gesticulan mucho, de estos que todo lo desprecian y que nada hacen, de estos, en fin, que se suponen superiores al mundo entero, porque el mundo entero no se ha querido tomar el trabajo de desmentirles; caló sus anteojos, apartó á todo el mundo, pidió un libro en griego y otro en aleman; pero mientras le contemplábamos con gran respeto, no pudimos menos de observar que estaba muy entretenido en mirar las láminas sin hacer la menor señal de entender el testo. Otros estaban con la nariz en el suelo rebuscando en el monton de artes de Cocina, Formularios, Guias atrasadas, Bertoldos, Soledades y Secretos raros, que se daban á 4 rs. chico con grande; y todos alargaban la mano á un tomo del Diccionario de M... porque tenia un forro muy bonito, y luego en leyendo la portada soltábanle ni mas ni menos que si se hubieran quemado los dedos. ¡Oh, y cuántas producciones clásicas de nuestros días, cuyos recientes anuncios ablandan aun las esquinas de la capital, yacían en aquel *osario* heridas de prematura y no sospechada muerte! Allí las novísimas Historias y Compendios abreviados, allí los Retratos y Discursos, allí las sensibles parejas Fulano y Zutana, los Amantes desgraciados, y los dichosos, los Castillos góticos, los

Espectros y Fantasmas en galería, los Artes para todo que de nada sirven, los Tratados breves, las Memorias y Folletos, las Enciclopedias que pueden ir en carta, las traducciones, las imitaciones, las refundiciones, las visiones y las aberraciones. ¿Quién al mirar tal destrozo no habia de temblar por sí? Yo al menos hice mis *Mementos*, y por sí tambien me alcanzaba el castigo, exclamé con fervor: “; *Domine, pecavi, miserere mei!*”

Apartámonos de aquel sitio, y llegamos á la plazuela de la Cebada, teatro un tiempo de las ferias de Madrid, y hoy destinada á mas terribles escenas. Intentando atravesarla fuimos detenidos por una multitud de curiosos apiñados en rededor de una máquina óptica, dirigida por un ciego con un tamborcillo, que enseñaba por dos cuartos *tutti li mondi*. Y al pasar á su lado hirieron mis oídos estas voces, interrumpidas por el tamborcillo: “*Tan tan...* Ahora van ustedes á ver la gran calle de Alcalá en tiempo de ferias.” Paréme un poco, y consultando con el amigo, convinimos en que si habíamos de atravesar todo Madrid para verla, era mas cómodo mirarla pintada por dos cuartos: pagámoslos, aplicamos la vista al cristalejo, y el ciego empezó á decir: —“Aquí verán ustedes qué grande y qué hermosa es esta calle de Alcalá, y la multitud de puestos y almacenes ambulantes que la adornan: *tan tan...* Van ustedes á ver la famosa feria de Madrid... Avellanas y nueces, dominguillos y cortejos... *tan tan...* Miren ustedes cuántos

muebles, chicos y grandes, malos y buenos, nuevos y viejos; pues todos sirven, aunque no sea mas que de estorbo... *tan tan...* ¡Cuántos muñecos parados, y cuántos que andan, y qué tiernos y qué delicados...! *tan tan...* ¡Cuántas muchachas, figuritas de barro, y cuántas de carne y hueso. ¡Ay, y qué pintaditas y qué compuestitas...! *tan tan...* ¡Cuántos platos y pucheros, y qué poco que comer, cuántos servicios, y qué pocos méritos, cuántos libros, y qué pocos que lean...! *tan tan...* Miren ustedes qué apretones, y qué confusiones, y qué resbalones, y qué te... entonces... *tan tan...* Observen ustedes ahí á la derecha, conforme vamos, qué pareja tan acaramelada, seguida por un criado; pues ese que va detras no es el criado, que es el marido... *tan tan...* Vean ustedes qué elegante va esa niña, y cuántas blondas y cuánto raso; pues su trabajo le ha costado el ganarlo, que á su padre no... *tan tan...* Atencion; miren ustedes esos lechuguinos que siguen á esas niñas; ay, que se paran delante de las mesas á ver los muñecos; y ellos tambien se paran en frente: “¿Qué quereis, hijas mias? — Ay, mamá, ferienos usted un muñequito...” *tan tan...* A esotro lado vean ustedes un militar buen mozo, que se estira los bigotes, y cómo le gustan los de ese pimpollo que va delante, y la llega al oido y la dice: “Mi alma, ¿quiere usted que la ferie?” y ella dice: “¿Y por qué no?” Y la compra avellanas y azofaifas, y acerolas y nueces, y... ¡ay pobreci-

to, mira no te ferie ella á tí...! *tan tan...* Vean ustedes esotro elegante que hace parar un coche, y les alarga á los niños que van dentro tantos juguetes... pues no es por ellos, que es por la mamá, que no hay como adorar al santo por la peana... *tan tan...* Vamos, señores, que se va haciendo tarde: ¿he dicho algo? pues aun queda lo mejor; pero otro dia será; esto se acabó, y la feria tambien; hagan ustedes cuenta que llegamos al dia de San Francisco... *tan tan...* Y tapó el cristalejo y nos dejó á buenas noches.



Riqueza y miseria.



«No son todas las leyes generales,
que muchas excepciones hay en ellas,
ni las cosas del mundo son iguales.»

L. de Argensola.

Hallándome en Zaragoza durante mi primera juventud contraí amistad íntima con el hijo del marqués de..., jóven amable, franco y bullicioso, como yo lo era también entonces, y como me pesa no serlo ahora: nuestras relaciones no eran de aquellas superficiales que las circunstancias ó la casualidad suelen hacer nacer; antes bien tenían el carácter de una verdadera amistad; así que, viviendo juntos, y no separándonos ni en aquellos ratos que dedicábamos al estudio (que eran los menos), ni en los que dábamos á la distracción y los placeres (que eran los mas), llegamos á ser citados en la ciudad como modelo de amistosa fidelidad.

Ricardo (que así se llamaba el hijo del marqués) unía á una bella figura la elegancia en el vestir, la destreza en la esgrima y en la danza, y la bizarría para dominar un alazan, con lo cual era tenido por el primer caballero de la ciudad; pero al mismo tiempo (preciso es confesarlo) los

estudios de Ricardo se habian limitado á esto solo; y los maestros de filosofía, de ciencias y de idiomas, no tenian los motivos de alabanza que los de equitacion y de baile. En vano procuraba yo hacerle sentir lo equivocado de su conducta, la obligacion en que su elevada cuna le ponía de adquirir una instruccion poco comun; hablábale de la necesidad de corresponder á su noble apellido; los graves cargos y responsabilidades que algun día pesarian sobre sus hombros; y le ponía delante la consideracion de que tanto mayor es el yerro cuanto mayor es el que yerra; todo esto lo escuchaba con la bondad natural de su carácter; pero la aduacion llegaba muy pronto á destruir mi obra, y no faltaban labios fementidos que le hacian creer que el estudio no era ocupacion digna de un caballero, y sí solo de aquellos que le necesitan para elevarse; que supuesto que él era ya marqués y poderoso, de nada mas necesitaba; que se dejase de cálculos y de vigiliás, y solo se ejercitase en aquellos juegos propios del valor ó de la destreza, que tan bien sientan en las personas bien nacidas; con lo cual, y la aprobacion de unos ojos negros, seducian al pobre marqués en términos, que hube de dejar á que el tiempo obrase lo que yo no podia.

Desde entonces nuestra casa fue la mansion de la disipacion y de los placeres: los festines, las músicas, las partidas de caza se reproducian sin cesar; las damas mas bellas de Zaragoza se disputaban los favores del señorito; los jóvenes imitaban sus mo-

dales y vestido: las modas de París y de Londres, los coches de Bruselas, los caballos normandos, todo le era presentado por diestros corredores que hallaban el secreto de cuadruplicar su valor; y sin haber salido de Zaragoza, afectaba ya los usos de un *fashionable* de Londres, y hablaba mal de nuestras cosas, con lo cual, y fiándose de mercaderes extranjeros, muy pronto se vió asaltado de acreedores y rufianes.

La suerte me separó por entonces de mi amigo, y durante mi larga ausencia recibí algunas cartas suyas en que manifestaba sus ahogos y compromisos, que llegaron al extremo; pero la muerte de su padre vino á poner término á ellos, y el nuevo marqués al noticiármela al mismo tiempo que su casamiento con una señora de su misma clase, me manifestaba que habia variado de vida, arreglado sus negocios, y establecido un plan conveniente para lo sucesivo. Poco despues me escribió su marcha á la corte, adonde le llamaban sus deseos hacía muchos años, y desde entonces nada volví á saber de él; hasta que habiendo yo venido á Madrid le visité como á un amigo antiguo; pero ya no encontré aquel Ricardo compañero de mis primeros años, sino al marqués de..., uno de los hombres mas visibles de la corte, y cuyo tren y magnificencia oía ponderar por todas partes. Recibiómelo con atencion, pero sin cordialidad; me enseñó con una distraccion afectada su palacio, sus elegantes adornos, su jardin, sus caballos y car-

rozas, y aun me presentó á la marquesa como un amigo *de su niñez*; pero en todos sus modales noté una reserva, una pretension, que me obligó á mantenerme á cierta distancia, sin que ni él ni yo pareciéramos acordarnos de nuestra antigua familiaridad.

Sentílo ciertamente, aunque no tanto como si le hubiera necesitado; pero me propuse no volver á visitarle, y en este estado se corrieron algunos años, hasta que dias pasados atrevesando la calle de Alcalá me oí llamar desde un coche y conocí al marqués, mi antiguo camarada: no dejó de sorprenderme esta demostracion; pero aun mas me sorprendieron sus instancias para que al siguiente martes le acompañase á almorzar, por tener, segun dijo, que consultar conmigo cosas del mayor interes; y sin dejarme accion para producir mis excusas, me hizo darle palabra terminante.

Llegado el martes me encaminé á casa del marqués, preparando de antemano mi amor propio contra todo evento. Entré en el portalon, y á fuer del precepto de *nadie pase sin hablar al portero*, escrito en enormes caractéres sobre la pequeña casilla de este, me dirigí á él para darle mi nombre; pero fue en vano, porque el buen inválido prosiguió en su ocupacion, que era enseñar el ejercicio á un perro de aguas; bien es la verdad que con la mano me indicó gravemente la escalera. Pero el diablo y mi poca memoria hizo que entrase por la primera puerta que encontré, donde vi tres hom-

bres al rededor de una mesa que jugaban á los naipes, y sin alzar los ojos á mí, ni informarse de á quién buscaba, tiraron de una cuerda desde su asiento, y abrieron una mampara que daba entrada á un salon cubierto de doubles filas de bufetes todos ocupados por varios caballeros.

Disputaban á la sazón fuertemente sobre si eran ocho ó nueve mil duros, si se contaba desde tal ó tal mes, y otras condiciones, con lo cual no dudé que se trataba de algun arrendamiento de las posesiones del marqués; pero el nombre de una artista italiana que pronunciaron me hizo caer en la cuenta de que su conversacion era cosa de interes público. No la interrumpieron por mi llegada, antes bien me hicieron partícipe de ella, hasta que habiéndose enterado de mi deseo de ver á S. E., y de la equivocacion que me habia hecho entrar en las oficinas, uno de ellos tuvo la bondad de acompañarme para ir á buscar otra escalera, lo cual hicimos atravesando unas cuantas salas todas igualmente ocupadas que la anterior, y sobre cuyas puertas habia varios rótulos, como *Secretaría, Contaduría, Archivo, Tesorería &c. &c.*

Las ocupaciones de aquellos señores eran variadas; quién se adiestraba en hacer rúbricas y letras góticas; quién leía la gaceta con los codos sobre el bufete y meneando los labios; quién tomaba el sol cerca de una ventana; quién dormia gravemente en su sillón con las manos metidas en los bolsillos del pantalon; y luego entraron los porteros y traían

sendas botellas y vasos acompañados de tiernos panecillos, con lo cual todos se apresuraron á tomar *las once* para cobrar nuevas fuerzas con que servir á S. E.

Compadecíme del marqués, á quien una antigua preocupacion obligaba á mantener aquella cohorte, y subí á la habitacion principal. No habia nadie en ella; atravesé la segunda sala en la misma soledad, pero á la tercera me encontré con un grupo de lacayos que me hicieron aguardar hasta que llegase el *portero de estrados*; pareció este al cabo de un buen rato con toda la autoridad de un conserje, y dudando de pasar á tal hora recado á S. E., díjele que era llamado; y entonces sin dejar de mirarme de arriba abajo con una curiosidad desconfiada, envió á llamar á un ayuda de cámara, el cual me dirigió á otro, y este á otro, que me hizo dar con el *secretario particular*, quien ya tenia antecedentes de mi visita.

Abrióse por fin la mampara que ocultaba á S. E., y entrando en el gabinete me encontré al marqués que acababa de dejar el lecho y se habia recostado en el sofá por precaucion para no fatigarse mientras se entretenia en formar varias figuras con pedacitos de marfil pintados. No bien me vió tiró todas las fichas y corrió á abrazarme, en lo cual, y en su espresion amable y sincera, volví á reconocer á mi amigo Ricardo: los criados dispusieron el almuerzo, y al concluir de él cogióme el marqués del brazo y descendimos al jardin,

donde empezó la conversacion de esta manera.—

“Sin duda, amigo mio, que mi proceder te habrá parecido extraño, ya por la pasada indiferencia, ya por la cordialidad presente, y no dejo de confesar que en efecto lo es.—Ni yo debo ocultarte que me ha sorprendido tu llamada mas que tu indiferencia, pues conozco muy bien que el aire de la grandeza no sienta bien con la franqueza de la amistad.—Sin embargo, yo no debí olvidar la nuestra; mas por desgracia no es el remordimiento que debia inspirarme mi proceder contigo lo que me hace recurrir á tu amistad, es mas bien un sentimiento de egoismo.—¿Cómo?—Sí, amigo mio, necesito de tí.—¿De mí? ¿y en qué puedo yo servir al poderoso marqués de...?—¡Poderoso...! ¡ay...! no lo soy; pero aunque lo fuera, siempre me serian oportunos los consejos de un amigo verdadero; juzga tú cuánto mas necesarios me serán en la desgracia.—Habla, mi querido marqués; si mi amistad puede aliviarte en algo, desahogate con tu mejor amigo. Un momento de silencio y un estrecho abrazo del marqués interrumpieron por algunos instantes nuestro diálogo.

Ya te acordarás (continuó) de que á poco tiempo de tu salida de Zaragoza heredé por muerte de mi padre los títulos y rentas de mi casa, con lo cual y mi casamiento traté de mudar enteramente la conducta que hasta alli habia seguido. Empecé, pues, por arreglar mis negocios, y yo mismo me asombré de los inmensos sacrificios que mi pasada

disipacion me ocasionaba; pero dueño de una fortuna cuya renta anual se eleva á cuatro millones de reales, me costó poco trabajo el cubrir aquellos, y aun me lisonjeé de comprar con ellos mi escarmiento. Mas mi venida á Madrid, con objeto de entrar en Palacio, llegó á reproducir mis ideas favoritas de ostentacion, y á lanzarme de nuevo en el gran mundo: mis rentas al principio bastaban á todo, y aun me parecia imposible que el capricho me hiciera inventar medios bastantes á consumirlas; pero ¡ay de mí! ¡ cómo me engañé! ¿ Querás creerlo, mi buen amigo? Tú ves mi casa, mi tren y mis criados; oyes sin duda hablar de mis funciones y festines; considérasme el mortal mas feliz de la tierra; crees que la abundancia reina en torno de mí; sí, amigo mio, reina, pero es para los que me rodean; el mas miserable de mis colonos es mas feliz y mas poderoso que yo. -- Creo haberlo adivinado. -- ¿ Ves esa legion de criados que pueblan mi casa y mis dependencias? Pues de nada me sirven, mientras que mis rentas les sirven á ellos para gozar una vida regalada. ¿ Miras ese secretario que me manifiesta tanto interes y afeccion? Pues ese publica mis debilidades, desacredita mi conducta, y me impide con sus consejos caminar al arreglo de mi casa. ¿ Ese mayordomo tan fiel, tan desinteresado, que á una ligera insinuacion mia corre á buscarme fondos con que satisfacer mis invencibles caprichos? Pues ese me presta á un interes enorme los productos de mis

mismas posesiones. ¿Esos administradores avaros que hacen que los tristes colonos maldigan mi nombre, bajo el cual se ven acosados sin piedad? Pues esos son otros tantos señores con quienes yo mismo tengo que transigir para cobrar lo que quieren pagarme. ¿Esos ayudas de cámara que se inclinan á mi paso con el mas profundo respeto? Pues míralos un momento despues; veráslos vestidos con mi ropa, parodiando mis acciones, exagerando mis vicios, y haciéndome el juguete de sus malas lenguas: por último, mis haciendas, mis rentas, mis casas, mis salones, mis graneros, mi cocina, mis cuadras, todo es presa de esas plantas parásitas que se alimentan de lo que es mio, sin que pueda yo evitarlo por no chocar con la costumbre, y aun con las ideas que recibí en la educacion.--

Pero al menos (le repliqué yo) tienes el consuelo de que tu casa sea citada como el modelo de la buena sociedad, y que todo el mundo te envidie y ensalce tu ostentacion.-- ¿Y qué me sirve este concepto equivocado? Esa turba de aduladores y de egoistas que me aplauden ¿me ofrece acaso un amigo sincero y desinteresado con quien desahogar mi corazon? Mi esposa misma y mis hijos, alejados de mí por la etiqueta y el buen tono, ¿me brindan por ventura las caricias y la afeccion que encuentra en los suyos hasta el mas infeliz artesano? Mis enormes rentas ¿me permiten disponer á cualquier hora de una cantidad, por mínima que sea? ¿no he vendido ya mis fincas libres, gra-

vado enormemente las vinculadas, acudido á los usureros, que primero me prestaban sobre mi palabra, luego sobre mi firma, despues sobre alhajas y posesiones, y á falta de estas han llegado á no prestarme por nada? Los criados me piden sus sueldos, mi muger su dote, mis hijos su fortuna, y la memoria de mis abuelos el lustre de su nombre. ¡Qué hacer, mi querido amigo, en tal ahogo, ni cómo remediar tamaños males! -- Con la filosofía y la virtud, mi querido marqués. Tú hubieras evitado tal abismo, si siguiendo mis consejos hubieras cultivado tu buen carácter en la educacion, y dado á tus inclinaciones el giro conveniente: el ocio, causa de todos tus desastres, te hubiera parecido insoportable, y para evitarle hubieras buscado mil recursos que tu fortuna te permitia: los viajes útiles, las empresas nobles, el deseo de verdadera gloria, que en otros paises, y en nuestra misma España, ostentan varios de tu ilustre clase, no desdeñándose de proteger la industria, cultivar las artes y las letras, ó brillar en el campo del honor. Pero quisiste mas bien formarte para la holganza, y te rodeaste de una corte de holgazanes; quisiste servirte de ellos, y ellos se han servido de tí; pensaste no necesitar de nadie, y no reflexionabas que un hombre inútil necesita de todo el mundo. Pero en fin, mi querido Ricardo, todavía estás á tiempo; por fortuna tu corazon ha sufrido sin dañarse tamaño combate, pero tu debilidad no te permite permanecer en el puesto para sufrir

:

nuevas asechanzas. Huye, pues, de este centro de corrupcion y de placeres; huye, y en tu apacible quinta de las orillas del Ebro, lejos de la disipacion y del bullicio, encontrarás la paz del alma que solo puede proporcionar una conciencia tranquila. Tus rentas bien distribuidas sirvan, despues de satisfacer tus empeños, á proteger al genio y al trabajo; tu casa, purgada de bajos aduladores, sea el asilo de la franqueza y de la honradez; tus hijos, educados bajo otros principios que tú, aprendan de tu boca las desgracias que el ocio proporciona; tu esposa, compañera de tu prosperidad, ayúdete á remediar tu desgracia; y tus súbditos, mirándote de cerca, lleguen á conocerte y amarte... Huye, mi querido Ricardo, muéstrate hombre una vez...”

Un nuevo abrazo, interrumpido con los sollozos del marqués, puso fin á esta vehemente conversacion... Quince dias despues he recibido una carta de mi amigo, fecha en su quinta cerca de Zaragoza, y su contenido me proporciona el placer de pensar que no han sido inútiles mis consejos.



El Campo Santo. (1)



« No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera,
mas que duró lo que vió ;
porque todo ha de pasar
por tal manera. »

Jorge Manrique.

Muy pocos serán (hablo solo de aquellos seres dotados de sensibilidad y reflexion) los que no hayan experimentado la verdad del dicho de que *la tristeza tiene su voluptuosidad*. Con efecto, ¿quién no conoce aquella dulce melancolía, aquella abnegacion de sí mismo que nos inclina en ocasiones á hacernos saborear nuestras mismas penas, midiendo grado por grado toda su estension, y como deteniéndonos en cada uno para mejor contemplar su inmensidad? ¡Cuán extraño es en aquel momento el hombre á todo lo que le rodea! ¡cuál busca en su imaginacion la sola compañía que necesita! ¡y cuál, en fin, elevando al cielo su alma, encuentra en

(1) El suceso á que se refiere este discurso es ecsacto; las personas y palabras tambien, segun todo me lo reproduce mi memoria aun despues de algunos años.

él el único consuelo á sus desventuras! Huyendo entonces el bullicio del mundo quiere los campos, y su triste soledad le halaga mas que la agitacion y la alegría.

Tal era el estado de mi espíritu una mañana en que tristes pensamientos me habian abligado á dejar el lecho. Acompañado de mi sola imaginacion me dirigí fuera de la villa, adonde mas libremente pudiese entregar al viento mis suspiros; una doble fila de árboles que seguí corto rato desde la puerta de San Fernando, me condujo al sitio en que se divide el camino en varias direcciones, y habiendo herido mi vista la modesta cúpula de la capilla que preside al recinto de la muerte, torcí maquinalmente el paso por la vereda que conduce á aquel. A medida que me alejaba del camino real iba dejando de oír el confuso ruido de los carros y caminantes que hasta allí habian interrumpido mis reflexiones, y un profundo silencio sucedia á aquella animacion. Sin embargo, un impulso irresistible me hacía continuar el camino, deteniéndome solo un instante para saludar á la cruz que vi delante de la puerta; pero ésta se hallaba cerrada, y nadie parecia al rededor; fuertes eran mis deseos de llamar; mas ¿cómo osar llamar en la morada de los muertos?

Desistia ya de mi proyecto apoyado sobre la puerta, cuando una pequeña inclinacion de ésta me dió á conocer que no estaba cerrada; continué entonces el impulso, y girando sobre sus goznes me

dejó ver el *Campo Santo*. Entré, no sin pavor, en aquella terrible morada, atravesé el primer patio, y me dirigí á la iglesia que veía en frente, mirando á todas partes por si descubria alguno de los encargados del cementerio; pero á nadie vi, y mientras hice mi breve oracion tuve lugar para cerciorarme de que nadie sino yo respiraba en aquel sitio. Volví á salir de la iglesia á uno de los seis grandes patios de que consta el cementerio, y siguiendo á lo largo de sus paredes iba leyendo las lápidas é inscripciones colocadas sobre los nichos, al mismo tiempo que mis pies pisaban la arena que cubre las sepulturas de la multitud.

Esta consideracion, la soledad absoluta del lugar, y el ruido de mis suspiros, que repetia el eco en los otros patios, me llenaban de pavor, que subia de todo punto cuando leía entre los epitafios el nombre de alguno de mis amigos, ó de aquellas personas á quienes vi brillar en el mundo. ¡Y qué! decia yo; ¿será posible que aqui, donde al parecer estoy solo, me encuentre rodeado de un pueblo numeroso, de magnates distinguidos, de hombres virtuosos, de criminales y desgraciados, de las gracias de la juventud, de los encantos de la belleza y la gloria del saber? "Aqui yace el escelentísimo señor duque de..." ¿Será verdad?

"Al que de un pueblo ante sus pies rendido
Vi aclamado, en la casa de la muerte
Le hallo ya entre sus siervos confundido."

¿Pero qué miro? ¿tú tambien, bella Matilde, robada á la sociedad á los quince años, cuando formabas sus mayores esperanzas? ¿Y tú, desgraciado Anselmo, á quien el mundo pagó tan mal tus nobles trabajos y fatigas por su bien estar...? ¿Mas de qué sirven todos esos títulos y honores que ostenta esa lápida, para quien ya es un monton de tierra...? ¿Adulacion, adulacion por todas partes...! "Aqui yace don... arrebatado por una enfermedad á los 87 años..." ¡Lisonjeros! escuchad á Montaigne, y él os dirá que *á cierta edad no se muere mas que de la muerte...* Pero alli veo sobre una lápida un genio apagando una antorcha, sin duda uno de nuestros hombres grandes... ¡Insensato! un nombre oscuro; ¿ni cómo podia ser otra cosa? El cementerio es moderno, y en el dia escasean mucho los hombres verdaderamente ilustres, ó no se entierran aqui... Y sino, ¿dónde se hallan Isla, Olavide, Cienfuegos, Melendez, Moratin...? Si acaso nos queda alguno, busquémosle en el suelo, en las sepulturas de la multitud.

Pero entremos á otro patio, por ver si se encuentra alguien... nadie... la misma soledad, la misma monotonía; ni un solo árbol que sombree los sepulcros, ni un solo epitafio que espresese un concepto profundo; el nombre, la patria, la edad y el dia de la muerte, y nada mas... y de este otro lado aun no está lleno... Multitud de nichos abiertos que parecen amenazar á la generacion actual... ¡Cielos! acaso yo... en este... pero ¿qué miro?

¿aquel bulto que diviso en el ángulo del patio no es un hombre que iguala la tierra con su azada...? Sí, corro á hablarle...

—Buenos dias, amigo.—Buenos dias, me contestó el mozo como sorprendido de ver allí á un viviente. ¿Qué queria usted? añadió con el aire de un hombre acostumbrado á no hacer tal pregunta.—Nada, buen amigo; queria visitar el cementerio.—Sino es mas que eso, véale usted; pero algo mas será.—No, nada mas; ¿acaso tiene algo de particular esta visita?—Y tanto como tiene. ¡Ay señor! nuestros difuntos no pueden quejarse de que el llanto de sus parientes venga á turbar su reposo.—Esta espresion natural, salida de la boca de un sepulturero, me hizo reflexionar seriamente sobre esta indiferencia que tanto choca en nuestras costumbres.—¿Qué quiere usted! contesté al sepulturero, todavía no se ha desterrado la preocupacion general contra los cementerios.—A la verdad que es sin razon, pues ya conoce usted, caballero, cuánto mejor estan aquí los cuerpos que en las iglesias; esta ventilacion, esta limpieza, este orden... recorra usted todos los patios, no encontrará ni una mala yerba, pues Francisco y yo tenemos cuidado de arrancarlas; no verá una lápida ni letrero que no esté muy cuidado; ni en fin, nada que pueda repugnar á la vista; mas por lo que hace á las gentes, esto no lo ven sino una vez al año, y es en el primer dia de noviembre; pero entonces, como dice el señor cura, valia mas que no lo vieran, pues

la mayor parte vienen mas por paseo que por devocion , y mas preparados á los banquetes y algazara de aquel dia , que á implorar al ciclo por el alma de los suyos.

Admirado estaba yo del lenguaje del buen José, que asi se llamaba el sepulturero; y asi fue que le rogué me enseñase lo que hubiese de curioso en el cementerio; seguimos, pues, por todos los patios, haciendo alto de tiempo en tiempo para contemplar tal ó cual nicho mas notable; depues llegamos á un sitio donde habia varias zanjas abiertas, y en una de ellas... “¡Qué lástima! me dijo José: yo nunca reparo en los que vienen; hoy he sepultado seis, y apenas podré decir si eran mugeres ú hombres; pero esta pobrecita, ¡qué buena moza...!” y urgando con su azada me dejó ver una muger como de veinte años, jóven, hermosa, y atravesado el pecho con un puñal por su bárbaro amante... Volví horrorizado la vista, y mientras tanto José repetia: “¡ay Dios mio! ¡libreme Dios de un mal pensamiento!” Esta exclamacion enérgica me hizo reparar en mis cadenas y reloj, y por primera vez temblé por mí al encontrarme en aquel sitio y soledad al borde de una zanja y un sepulturero al lado con el azadon sobre los hombros.

Sin embargo, la probidad de José estaba á prueba de tentaciones, y asegurado por ella me atreví á declararle un deseo que me instaba fuertemente desde que entré en el cementerio: este deseo era el encontrar la sepultura de mi padre... — ¡Cómo

se llamaba? — Don... — ¿En qué año murió? — En 1820. — ¿Ha pagado usted renuevo? — No; ni nadie me lo ha pedido. — Pues entonces es de temer que haya sido sacado del nicho para pasar al depósito general. — ¿Cómo? — Sí señor, porque no pagando el renuevo del precio del nicho cada cuatro años se saca el cuerpo. — ¿Y por qué no se me ha informado de ello? — Sin embargo, no se lleva con gran rigor, y acaso puede que... pero entremos en la capilla y veremos los registros.

En efecto, así lo hicimos, pasamos á la pieza de sacristía, sacó el libro de entradas del cementerio, abrió al año de 20 y leyó: “Dia 5 de enero: don... número 261.” Un temblor involuntario me sobrecogió en este momento; salimos precipitados con el libro en la mano, buscamos el número del nicho... ¡Oh Dios! ¡oh padre mio! Ya no estabas allí... otro cuerpo habia substituido el tuyo; ¡y tu hijo, á quien tú legastes tus bienes y tu buen nombre, se veía privado por una ignorancia reprehensible del consuelo de derramar sus lágrimas sobre tu tumba...! Entonces José, llevándome á otro patio bajo de cuyo suelo está el *osario* ó depósito general, puso el pie sobre la piedra que le cubre diciendo: “*aquí está;*” á cuya voz caí sobre mis rodillas como herido de un rayo.

Largo tiempo permanecí en este estado de abatimiento y de estupor, hasta que levantándome José y marchando delante de mí, seguíle con paso trémulo y entramos por una puertecilla á la esca-

lera que conduce sobre el cubierto de la capilla; luego que hubimos llegado arriba hizo alto, y tendiendo su azada con aire satisfecho, "Vea usted desde aqui, me dijo, todo el cementerio... ¡qué hermoso, qué aseado y bien dispuesto!" y parecia complacerse en mirarle... Yo tendí la vista por los seis uniformes patios, y despues sobre otro recinto adjunto, en medio del cual vi un elegante mausoleo que la piedra filial ha elevado al defensor de Madrid no lejos del sitio en que inmortalizó su valor (1). Despues, salvando las murallas, fijé los ojos en la populosa corte, cuyo lejano rumor y agitacion llegaba hasta mí... ¡Qué de pasiones encontradas, qué de intrigas, qué movimiento! y todo ¿para qué...? para venir á hundirse en este sitio.. Bajamos silenciosamente la escalera; atravesamos los patios; yo me despedí de José agradeciéndole y pagándole su bondad, y al estrechar en mi mano aquella que tal vez ha de cubrirme con la tierra,

*« Mihi frigidus horror
membra quatit, gelidusque coit formidine sanguis. »*

abrimos la puerta á tiempo que el compañero Francisco, guiando á cuatro mozos que traían un

(1) El sepulcro del marqués de San Simon, erigido por su hija en un sitio cercado é independiente del cementerio. Napoleon condenó á muerte á aquel benemérito general por el teson que manifestó en la defensa de la puerta de Fuencarral en los primeros dias de diciembre de 1808, y su hija alcanzó del emperador la conmutacion de esta pena por la de encierro perpetuo en Francia.

ataud , nos saludó con estrañeza , como admirado de que un mortal se atreviese á salir de alli. Preguntéle de quién era el cadáver que conducia , y me dijo que de un poderoso á quien yo conocí servido y obsequiado de toda la corte... ¡ Infeliz ! ¡ y no habia un amigo que le acompañase á su última morada... !

Seguí lentamente la vereda que me conducia á las puertas de la villa , y al atravesar sus calles , al mirar la animacion del pueblo , parecíame ver una tropa que habia hecho alli un ligero alto para ir á pasar la noche á la posada que yo por una combinacion estraña acababa de dejar.



Pretender por alto.



*« Il n'est guère moins nécessaire
de voir ce qu'il faut éviter
que de savoir ce qu'il faut faire. »*

Mme. Deshoulières.

« Tan útil es saber lo que debemos
evitar como lo que debemos hacer. »

En un pueblo como Madrid, donde las propiedades adquieren un valor enorme reduciendo á un corto número la clase de propietarios; donde la consideracion de esta clase desaparece casi del todo ante el brillo seductor de los honores y del poder; pueblo que por su posicion no ofrece al comerciante empresas grandes, cuya industria tiene que ser limitada á cubrir las necesidades del mismo, por la escasez de primeras materias y el subido precio de los jornales; pueblo, en fin, donde el orgullo cortesano hace necesario el lujo, al paso que limita los medios de produccion, ¿cómo estrañar que una gran parte de sus habitantes se vea acometida de aquella enfermedad endémica conocida por el nombre de *empleo-manía*?

Sobre tales consideraciones giraba mi imaginacion una mañana que me hallaba sentado entre la

inmensa multitud de postulantes en un rincon de cierta antesala adonde me habia conducido no la ambicion propia, sino la ecsigencia ajena; esto es, aquella obligacion tácita que á juicio de los amigos de provincia contraemos los habitantes de Madrid de tener siempre nuestro tiempo y nuestras relaciones á disposicion suya; y era por entonces el que me lanzaba en el campo de los solicitantes cierto pariente de un pariente mio que espontáneamente me habia encargado de una pretension suya fulminada desde las orillas del Segura.

No es por ahora mi ánimo el bosquejar un cuadro crítico-filosófico de aquella antesala, ni menos hacer reir á mis lectores á costa de las distintas caricaturas que conmigo la poblaban; no hablaré de la pretension y el entonamiento de los unos, del rendimiento y humildad de los otros; huiré de presentar grupos de entrantes y salientes, porteros y lacayos, damas y caballeros, como igualmente de esplayar las reflexiones, si bien graves, si bien burlescas que retozaban en mi cabeza; todo ello podrá tener lugar en otro discurso, si algun dia me vieren deseos de hacerle; mas lo que es por hoy bastará para inteligencia de mi narracion el manifestar que al cabo de catorce semanas de periódica asistencia á la susodicha antesala, despues de ponerme al corriente de las innumerables fisonomías demandantes de la capital, y despues, en fin, de hallarme medianamente versado en el lenguaje de oficio, pude conseguir en obsequio de mi protegido

un decreto de N., esto es, “*negado* ;” con lo cual conocí que no era la voluntad de Dios el que yo le sirviera, y escribí al amigo que buscara otro conducto para sus pretensiones.

El transcurso de dos meses me habia hecho ya olvidar de ellas, persuadiéndome de que al interesado le hubiese sucedido lo mismo, y que un primer reves le habria curado de su enfermedad; pero tuve que desengañarme del todo cuando una mañana me le encontré en mi habitacion y me esplicó su designio de continuar *personalmente* sus pretensiones en la corte.

Este *personalmente*, repetido con cierto énfasis y mirándose á un espejo, me dió á conocer á primera vista la sobrada confianza que le merecia su persona, asi como tambien la esplicacion de su plan me hubo de convencer de que desaprobaba el mio; en vano le dí á entender que yo no conocia otros caminos que los marcados por las leyes, pues los otros mas bien los creía derrumbaderos; él se rió de mi pobreza de espíritu, y me declaró solemnemente que su intencion era *pretender por alto*; tal fue su espresion.

Confieso á la verdad que se me pasaron fuertes ganas de entrar en contestaciones con él sobre el sentido de esta frase; pero no me dejó lugar, pues todo se le fue en hablarme de sus méritos, encajecer sus conocimientos y ponderar sus modales, en términos que quedé firmemente persuadido de que tenia que adquirir en Madrid méritos, cono-

cimientos y modales; por último, para prueba de su buena estrella, y de aquel *no sé qué* que según él le acompañaban, me contó la notable adquisición que había hecho la tarde anterior, á saber: la amistad íntima contraída con un *don Solicito Ganzúa*, que *por casualidad* se había hallado presente en la posada á la hora en que él llegó. Este personage, hasta ahora incógnito, prendado sin duda del buen talle de mi pretendiente, y acaso tambien de su equipage nada modesto, entró en conversacion con él, le habló largamente de sus relaciones en la corte, escuchó con atencion la benévola confesion del reciénvenido, y aconsejándole con el mayor desinterés la mas completa desconfianza de todo el que intentase seducirle, se dignó tomar los negocios del provinciano bajo su poderosa proteccion, sin mediar (por ahora) otro interés que el de la simpatía con que habían simpatizado. Esto, unido á una prolija explicacion de los ardides de que podria ser víctima en la corte (escepto el de los protectores aparecidos), dejó á mi buen hombre tan encaprichado en la idea de que algun espíritu benévolo se encargaba de su prosperidad, que no me pareció oportuno pensar en desengañarle por entonces. Aconsejéle, sí, que midiese los pasos, que desconfiase de todos, empezando por su misma persona, y que tuviese presente que la ciencia de la corte no se aprende sino en la corte misma, con lo cual no pondria reparo en matricularse como estudiante en ella. Todo lo

escuchó con atencion, y aun prometió observarlo; pero lo hizo de una manera que consideré que solo el escarmiento podia curarle; asi que, me limité á vigilar sus pasos (lo que pude hacer con mas comodidad por haberse venido á vivir conmigo), y afecté una completa indiferencia, dejándole tanta cuerda cuanta consideré que necesitaba para acercarse al precipicio sin perecer en él.

Don Solícito desde entonces se hizo gran amigo de la casa; entraba y salia en ella, cuándo con una lista de vacantes; cuándo con otra de mudanzas en pronóstico; ya con borradores de memoriales, ya con esquelas recomendatorias; y luego para diferenciar, le proporcionaba á mi pariente permisos para ver palacios y museos, y billetes de bailes y festines, cuyos obsequios y actividad le hacian á él hallarse mas complacido y á mí mas receloso.

Yo guardaba el dinero de mi huésped, y esto me tenia seguro de que sin mi noticia pudiesen engañarle; y aunque observé que sus gastos iban en un aumento mas que regular, nada le dije, considerando que acaso su buen porte podria contribuir al logro de sus pretensiones, pues bien se me alcanzaba que en la corte el que pretende en coche tiene ya medio lograda su solicitud; y confirmábame en ello cuando le veía acompañado de personas de gran tono, ó ya sentado en un palco entre seda y plumas, ó tuteándose con un duque en una partida de *ecarté*. En fin, su seguridad y satisfaccion eran tales, que me hacian dudar á mí mismo.

Una mañana en que mi huésped no estaba en casa vino Ganzúa, y en su semblante y preguntas creí notar cierta agitacion, no disimulando lo que le contrariaba el no encontrar en casa al otro, y sí á mí: preguntóme si sabia por casualidad si mi amigo habia ido á casa de doña *Melchora Tragacanto*. Díjele que no sabia, tanto menos cuanto que era la primera vez que el dicho nombre llegaba á mis oídos; con lo cual, y con una mirada escrutadora que le dirigí, no pudo disimular su turbacion, ni reparar la indiscreta falta que habia cometido.

Aumentáronse mis sospechas con la llegada de un agente de cambios conocido, que venia á entregar el producto de una letra de dos mil pesos que mi pariente, sin noticia mia, habia girado contra su casa y aquel habia negociado. Recogí el dinero, y solo pensé ya en buscar el hilo de aquel nudo en que se intentaba al parecer envolver á mi amigo; pero no lo hubiera conseguido facilmente si la suerte no me hubiera ayudado, y hé aqui el cómo. Un coche que paró á la puerta á corto rato me hizo sospechar si acaso la dama vendria en persona á visitarnos; pero solo se presentó un caballero bien portado, á quien por la ventana de la escalera vi ponerse en el ojal de la casaca una cinta de honor; esta evolucion no me gustó gran cosa; pero ¡cuál fue mi sorpresa cuando saliendo á su encuentro reconocí en él á *Perico*, mi antiguo criado, cuyas repetidas travesuras me habian causado en otro tiempo bastantes disgustos! No pude contenerme,

habléle con la mayor estrañeza pidiéndole explicaciones de aquella farsa , y aprovechando el anegamiento en que le habia constituido mi inesperada aparicion , le pregunté con resolucion quiénes eran doña Melchora Tragacanto y don Solícito Ganzúa, amenazándole con mis procedimientos sino me descubria la verdad , y ofreciéndole una buena recompensa en caso contrario.

Entonces sin poderse contener , y mientras me pedia perdon de sus enredos , me entregó una carta abierta dirigida á mi amigo , y concebida en estos términos.

“ Amiguito mio : segun lo que acordamos ano-
» che, y á fin de cumplir con quien conviene, le en-
» vio á nuestro don Judas con el pagaré que usted
» me dejó, para que se sirva entregarle la suma con-
» sabida, de que le dará recibo, y antes de la noche
» tendrá usted en su poder el resultado; rompan us-
» tedes esta carta, y hasta la noche, que venga por
» acá á que le demos una enhorabuena. Su fiel amiga
» y desinteresada servidora = *Melchora Tragacanto.*”

Acabada que fue la lectura de la carta , Perico me rifirió por menor las circunstancias de la tal señora , que eran singulares ; porque ella vivia con lujo , sosteniendo sus grandes necesidades sin mas que aparentar una proteccion de que absolutamente carecia, para lo cual habia tomado muy bien sus medidas con los pobres pretendientes que llegaban á la corte. Entre otras tenia varios comensales distribuidos en las puertas, posadas y casas de hués-

pedes, los cuales, introduciéndose con los recién-venidos, les brindaban su proteccion, adquiriéndose su confianza; luego les presentaban en casa de ella, y allí se ostentaba rodeada de una comparsa, á la cual repartia los papeles que la convenian, para que el pobre forastero seducido cayese en el lazo y soltase prenda. "Podria contarle á usted (continuó Perico) varios lances sucedidos en mi tiempo, pero solo me limitaré á decirle que su pariente es el objeto del dia, y que yo era el encargado de engañarle, y de terminar esta farsa cogiéndole una cantidad que él debia negociar hoy. Pero ya que la suerte lo dispone de otro modo, ordene usted lo que yo debo hacer para complacerle y enmendar mi delito."

Grande fue mi indignacion durante el discurso de Perico; pero despues de reflexionar bien, parecióme que no era tiempo de desahogarle, antes sí de sacar partido de la feliz combinacion que me hacía dueño del secreto de aquellos malvados; y asi, dejando de tomarlo por el lado serio, combiné con el astuto Pedro una salida que pudiera castigar á la protectora y al protegido, y divertirnos al mismo tiempo.

No tardó en llegar mi buen huésped, al cual le dije que habiéndome entregado el agente los dos mil pesos de la letra que habia hecho negociar, y presentándoseme luego un caballero con aquella firma suya, se los habia entregado; al mismo tiempo puse en sus manos un pliego, que supuse que

el mismo sujeto me habia dejado; abriólo con precipitacion, y sus ojos brillaban de alegría, entonándose y mirándome con aire satisfecho: yo afectaba la mayor indiferencia, y luego que le vi cambiar de color y conmoverse al leer el pliego me escurri bonitamente al gabinete inmediato; pero no bien lo habia hecho, cuando entró por la sala doña Melchora Tragacanto con el rostro encendido, y vertiendo contra mi amigo las mas horribles imprecaciones; seguíanla don Solícito y Perico, el cual se vino á reunir conmigo al gabinete. El pintar los muchos reproches, las invectivas que se dijeron y la bulla que armaron, sin llegar á entenderse, fuera negocio largo de referir; y ¿por qué todo ello? (Travesuras que me sugirió Perico.) Que mi huésped habia encontrado en el pliego que yo le entregué, escrito en letras enormes, el siguiente motete:

De un pretendiente novicio
Castigando la ambicion
Le hago un notorio servicio,
Pues por corto sacrificio
Le doy heróica leccion.

Y doña Melchora en el talego que yo la habia remitido se encontró hasta unos cincuenta reales en monedas de á dos cuartos, nuevas y relucientes, como recién fabricadas que eran con el cuño de

Segovia, y atravesada entre ellas la coplilla que aquí campa:

De una astuta cortesana

Pago la falaz intriga

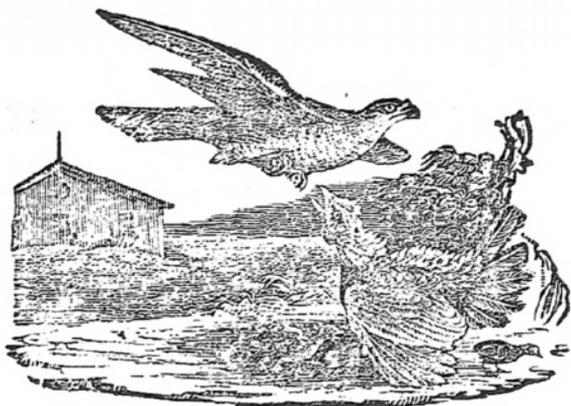
Dándola una leccion sana;

Desnude á otra oveja, amiga,

Que yo vuelvo con mi lana.

Despues que Perico y yo nos cansamos de reir y ellos de gritar, salí de mi escondite, y dirigiéndome á ellos, "Señores míos, les dije, ustedes habrán de disimularme la burlita que me he permitido hacerles, conociendo y apreciando como no podrán menos los motivos que á ello me han movido. Usted, mi señora doña Melchora, á quien hasta ahora no tuve la dicha de conocer, conserve la memoria de este suceso, tratando de buscar otros medios con que acudir á sus necesidades, sin abusar del infeliz forastero que viene á la corte, el cual, si en ella encontrára muchas como usted, creeria haber entrado en una cueva de vicios y de horrores; mas por fortuna no es asi, pues la vigilancia del gobierno sabe descubrir las estafas y castigarlas menos festivamente que yo lo hago; y usted, señor pretendiente por alto, ó mas bien por bajo medio, sírvale de escarmiento lo pasado; y si sus merecimientos y servicios son algunos, hágalos conocer por los medios que la razon y el honor aprueban, teniendo entendido que el verdade-

ro mérito se coloca él mismo á la altura de los honores, sin elevarse á impulso de una bajeza. En cuanto á ustedes, señores subalternos de tan perversa intriga..." Iba á continuar, pero al volver mi cabeza á uno y otro lado, eché de ver que me habia quedado sin oyentes, pues todos habian desaparecido confusos y avergonzados.



La Politico-manía.

« Traten otros del gobierno
del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis dias
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno
naranjada y aguardiente,
y ríase la gente. »

Góngora.

Pero señor, ¿todo ha de ser gravedad? ¿Todo ha de ser proclamas, y discursos, y notas, y discusiones, y cálculos, y proyectos? ¿Y no habrá de sufrirse que yo, menguado de mí, que no conozco al filósofo Ginebrino mas que de oidas en un sermon, ni al presidente de Bordeaux mas que de vista en la comedia de la *Llave falsa*, intente colocar mis pobres razonamientos aunque sea al abrigo del cañon de la ciudadela de Amberes? ¿Ó habré de estar siempre sujeto á que mis discursos salten á cada paso de la prensa para ceder su lugar á cualquiera disertacion política que impolíticamente venga á tomarme la delantera?

--Sí señor, preciso será que usted lo sufra: no faltaba mas, sino que ahora que el aspecto guerreo de la Europa ofrece al discurso tantas combina-

ciones, ahora que los periódicos (crónicas mas ó menos parciales del tiempo presente) deben esforzarse para tenernos al tanto de lo que ocurre desde Cádiz al Japon, nos viniese usted con tres ó cuatro columnas de observaciones crítico-filosóficas sobre nuestros usos y costumbres; eso, amigo, desengañese usted, era muy bueno allá en los tiempos de antaño, cuando los epigramas de la Crónica ó los versos de Rabadan formaban acontecimientos importantes; pero ahora es otra cosa, y no hay ya lector, por festivo que sea, que quede satisfecho sino se desayuna cada mañana con media docena de protocolos de la conferencia de Londres.—Sin embargo, señor don Zoilo, parecíame á mí que esto de la política no es, ó á lo menos no debia ser para todas las cabezas, asi bien como ciertos alimentos no son digeribles á todos los estómagos; y por otro lado estaba persuadido de que el *utile dulci* del poeta latino, y el *per troppo variare* del toscano, emblemas ambos tan manoseados de los autores, se dirian con algun motivo; creía yo; qué no cree la ignorancia! que las altas cuestiones de la política eran tan dificiles de comprender como de tratar, y que solo una disposicion natural y un estudio profundo podian conducir tal vez al descubrimiento de sus arcanos.—Pues señor mio, debe usted vencerse de todo lo contrario, y sino, escuche usted las conversaciones de hombres y mugeres, de viejos y de niños, de grandes y pequeños; escuche sus reflexiones, sus discusiones y sus conclusiones,